



AÑO X—26 DE OCTUBRE DE 1845.

43

Ayuntamiento de Madrid

EL LUXEMBURGO.



os anales de Luxemburgo son tan antiguos como los de las Tullerías. Hoy día este palacio es tan grande, que encierra cómodamente en su seno uno de los tres poderes del Estado cuando celebran sus importantes reuniones. A mediados del siglo XVI era mansion del gentil-hombre Roberto Harlay de Sancy: en 1580 el duque Empinay-Luxemburg se hizo dueño de él; aumentó considerablemente sus dependencias, y lo habitó bastante tiempo, gozando de todas sus comodidades, hasta que una noche lo abandonó sin haberse podido saber la causa de tan extraña fuga, que dió motivo á infinitas anécdotas extravagantes ó verosímiles. María de Médicis, viuda de Enrique IV, logró su adquisicion por la suma de noventa mil francos, no encontrando otro lugar mas digno de su persona; pero siempre amante de los recuerdos de su patria, hizo venir á su arquitecto Jacobo Brosse para que construyese habitaciones que se asemejase á las del palacio Pitti, único consuelo que podía aliviarla en su destierro.

Prolijo y aun inútil en este momento seria enumerar los personajes célebres que habitaron este suntuoso palacio, y así diremos solamente que hasta el mismo Napoleon permaneció en él algunas noches antes de trasladarse á las Tullerías.

El Luxemburgo, antes de la revolucion, era un lugar triste y solitario. Situado en las estremidades del barrio de S. German, estaba rodeado por todas partes de conventos y de iglesias.—Al Este se veian las Ursulinas, las Carmelitas, las religiosas de *Port-Royal* y otras varias: al Oeste las Hijas del Calvario, las del Santo Sacramento, de la Preciosa Sangre, y las de la Natividad de Jesus. Ultimamente, los monasterios de Capuchinas, Carmelitas, Benedictinos, Cartujos y el Noviciado de los Jesuitas. En medio de este mundo religioso descollaban adustas y magnificas las torres de S. Sulpicio y la media naranja de *Val-de-Grace*. Mas allá, y á través de esta arquitectura severa, se descubre la no menos severa, aunque algo mas brillante de las casas del Conde de Chaulnes, Nivernais y otros.

Ahora el Luxemburgo ha cambiado de aspecto. Muchos conventos han desaparecido, no quedando ningun vestigio de los monges. Numerosas bombas de fuego, que hacen cubrir toda aquella atmósfera de gruesas columnas de humo, los han sustituido; pero á pesar de todo se experimenta aun en aquel sitio un *no sé qué* de tristeza y melancolía que contrasta maravillosamente con la alegría que reina en las Tullerías, donde el aire es sumamente puro. El *Val-de-Grace* y S. Sulpicio siempre presentan un aspecto imponente y asaz severo.

Prescindiendo de esto, el jardín es delicioso, y gracias al derribo de algunos conventos, la vista se pasea alegremente por un espacio de 1407 metros.

Durante la república, los que paseaban por el Luxemburgo tenian que detenerse á la entrada de la avenida, hoy día ha cesado esta dificultad, y pueden deleitarse á la vista que presentan las flores y arbustos que en gran cantidad están plantados simétricamente para realzar la belleza del jardín.

La figura de este no tiene tanta regularidad como

el de las Tullerías, pero á escepcion de este puede compararse, sin caer en exageracion, con aquel.

Nos ocuparemos de su descripcion.

Primeramente se vé un cuadrado guarnecido por todos lados de flores y céspedes que vienen á estenderse por todo el palacio, formando en su centro un estanque, cuyas plateadas olas alegran siempre á los marineros que vagan por las orillas del Sena.

A derecha é izquierda dos repechos sostienen algunos terrados que forman la parte mas grande del jardín: están plantados de rosales, y encima tienen una doble verja de hierro que se prolonga hasta el Observatorio. Los terrados están embellecidos de magníficos arbustos, que á la ondulacion producida por el aire, esparraman infinidad de flores, cuyo olor se confunde con el aromático que despiden los espinos.

Dejando á la derecha tan elegante parterre, al lado opuesto se ven multitud de hermosos naranjos que forman una larga galeria, por la que los concurrentes pasean sin fatiga, aun en las horas mas fuertes del calor. Las bellas aristócratas no frecuentan este paseo, prefiriendo el de las Tullerías; pero en cambio no se vé en él esa ficcion, esa coqueteria parisien que al principio admira, pero que acaba por fastidiar; en el Luxemburgo no se ven mas que caras francas, alegres. Antiguamente, y aun casi en la época contemporánea, los chiquillos y los estudiantes lo frecuentaban mucho, pero hoy día solo personas respetables, de esas que buscan la expansion del alma en la contemplacion de la sublime magestad de la naturaleza, se pierden entre los árboles.

Siguiendo la calle de los naranjos, se llega á la del Observatorio, cuyo sitio está regado por la noble sangre del Principe de Moskovia Miguel Ney, que antes de sentirse herido por las balas francesas, gritó: «viva la Francia!»

Ultimamente, se presenta al observador ó al viajero, la galeria de pinturas, magnífica en todos conceptos, y cuya descripcion será objeto de otro artículo, bastando las líneas anteriores, que hemos extractado y arreglado de un periódico francés, para que nuestros lectores tengan una idea del suntuoso paseo del Luxemburgo.



SEMBLANZA DE LOS ENAMORADOS.

Novela semi-historia, ó historia semi-novela.

MANUSCRITO II.

En dos grandes fracciones hemos dividido la inmensa especie que conocemos con el nombre de *enamorados*, y ahora debemos descender á los pormenores, desenmascarando á cada individuo, y presentándole como el tipo de su género, de tal manera, que haciendo la aplicacion, lo conozcamos inmediatamente.

El sexo bello es siempre el predilecto, por esto vamos á empezar.

A los doce años ya conoce una niña que puede hacer papel en el mundo, y esto lo comprende ella por esa ciencia infusa, por ese instinto privilegiado que tiene toda mujer, y que le impulsa, desde los primeros años, á coquetear y hacer ridiculeces. Ora salga la debutante de un colegio, ora se eduque en el hogar paterno, arrullada por las complacencias ó las crueldades de su mamá, siente, á la edad que hemos fijado, el deseo de lanzarse al mundo por la puerta del amor.

No ridiculizaremos nosotros este afán, porque al fin y al cabo las mugeres no tienen otra carrera que hacerse amar y ser amadas, para sojuzgar á un hombre que las dé todo lo que tenga, hasta su apellido; pero como todo en este mundo tiene su lado de ridiculo, los primeros pasos de una pasión femenil, se prestan bastante á la caricatura y á la risa.

La primer mirada *sostenida* que se atrae una muchacha es la voz de alarma para una revolución desconocida: al individuo que la ha lanzado, se quiere complacer con otra visual reciproca, pero un temor imprudente, una zozobra cobarde la hace bajar la vista ó fijarla trémulamente en un objeto opuesto, colorándose la faz de la muchacha de un carmin subido y á veces inundándose su rostro de un sudor molesto y amoroso. Esto con respecto á la mirada primera, que lo que hace relación al primer billete, varia completamente de género.

La esquila declaratoria que se deposita por primera vez en las manos de una joven de doce ó quince años, es lo que una carta de un escritor afamado dirigida á un chiquillo que tiene pretensiones de literato. Aquel billete, como el primer artículo impreso de un joven, se observa, se analiza, se lee, se deletrea en todas direcciones, se vuelve por activa, por pasiva y por futuro en rus, y despues se busca en él lo que en él no hay, ampliándolo y restringiéndolo como se restringe y se amplía una ley dudosa por la suprema inteligencia de un juez. Despues, con un contento indefinible, con un temor incalculable, se buscan á todas las amigas; y se pone en su conocimiento cuanto pasa con acento débil, tembloroso, pero con cierto orgullo pueril y cándido.

Este traslado que es tan comun entre las debutantas, es el paso mas fatal que pueden dar en su carrera amorosa. Generalmente las amigas á quienes se comunica el hecho, son veteranas aguerridas en aquellas campañas, y como toda muchacha siente que otra igual tenga adoradores, de aqui es que se ponen en juego todas las armas del ridiculo para que fracase la primera conquista de sus inocentes consultoras. Esta rechiffa tiene un caracter mas cruel y trágica cuando la consultada ó es fea, ó no há tenido esa gracia particular para atraerse las miradas de los jóvenes: entonces el despecho, la venganza es la que habla, y ya sabemos que una mujer dominada por esas funestas pasiones, es una hidra con el talento diabólico de un endemoniado.

Nuestros antepasados en esta parte eran, ó mas

morales ó mas prudentes. Achacamos esto á que como la *civilización* no habia desenmascarado tanto el corazon humano, y los sentimientos de orgullo propio estaban tan desarrollados, que constituian el principal elemento de la educación, ni habia esas peligrosas confianzas, ni, aun cuando existiesen, por el decoro mismo de la persona consultada, se descubria tan claramente toda la deformidad de un alma mezquina ó insuficiente para dominarse en el caso dado de que era incurable el mal que la afectaba.

En aquellos tiempos la amistad de las mugeres era mas franca, mas sincera: no habia esa eterna oposicion que hoy dia existe entre ellas, y que sórdidamente crece... crece sin dejarlas gozar un instante, consumiéndolas la vida y acibarándolas todo gusto que puedan disfrutar. Tambien es verdad que entonces las impresiones eran mas violentas, si bien mas tardas. Hoy el ver una muchacha á un joven y agradarle, es cosa de la casualidad ó mas bien del capricho del hombre. Todas ellas estan dispuesta siempre á enamorarse de cualquiera, porque ya no se cree en las pasiones instantáneas, como si el amor tuviese nada que ver con la creencia, tal cual se concibe el verdadero amor.

No negamos que los hombres eran antes tan falsos ó mas que en la actualidad, pero las mugeres (porque de ellas solo vamos hablando ahora) eran mas constantes, menos filósofos, y el escepticismo era un nom-



bre tan campanudo como vacío de sentido. Por eso vemos que en las ausencias, en las separaciones acontecian esas escenas cómicas que hoy día no comprendemos, y de las cuales nos reímos con la buena fé de un tonto, con el desprecio de un pedante: por eso tampoco creen las bellas esas amistades eternas ni esas lágrimas que se derramaban á impulsos exclusivamente del afecto desinteresado, cuando se acompañaba á una amiga á ver partir al hombre que se adoraba. Oh! entonces tambien las madres eran mas prudentes, ó mejor dicho, menos necias: echaban una ojeada á su pasada vida, y comprendían las respectivas necesidades de cada edad: lloraban con sus hijas, y nunca las desamparaban como igualmente sus padres.

Pero esos primeros pasos en la senda del amor, que siempre son como hemos trazado, duran poco por fortuna, pues la malicia de las mugeres tiene la contra de ser comprendida sin mucho estudio por las mismas mugeres, y de esto nace la reserva, el temor, la desconfianza y... la sátira. Pasados, pues, estos descalabros de todo principio, ya estamos frente á frente de la joven coqueta, cuya calificación damos á toda mujer que ha tenido mas de un amante. Y vamos á dar nuestras razones.

La pasión, para ser conocida con verdad bajo este nombre, es preciso que sea sincera, cierta, en una palabra, que nazca del corazón, y del convencimiento que debe existir de que se ha nacido para aquel ser á quien se ama, y no para otro cualquiera. Una vez sentado este principio, deduciremos como inmediata y natural consecuencia, que con el trato continuo de aquellas dos personas apasionadas, tiene que acrecer prodigiosamente cuanto existió para que se pudiesen comprender. Y con todas estas precisas suposiciones, ¿cómo hemos de nominar á una mujer que muda de amantes con la misma facilidad que altera los adornos ó las formas de sus trajes? Podrá decirse que la volubilidad del amante hombre, es la causa de la inconstancia, pero aquí constaremos que una mujer que ama, sabe subyugar al corazón que por cual-

porque es muy fácil distinguir al pedante que ataviado con toda la ridiculez de la moda, dice su amor como un diputado su mejor discurso, del hombre ó del joven apasionado que se declara por necesidad, por simpatía irresistible hacia el objeto que le escucha.

Jóvenes de la clase que hemos apuntado no existen ni aun por escepcion; así pues, quedamos en que pasan á la clase de *coquetas*, desde el momento que saliendo de la infancia, conocen las arterias de sus amigos, y comienzan á obrar por sí solas.

Estamos en el tercer manuscrito.

(Continuara.)



IMPRESIONES DE VIAJE A LISBOA Y SUS CONTORNOS EN 1845.

ARTICULO II.

Lisboa en su aspecto material.

El Marqués de Pombál!.. Ved aquí el nombre que herirá vuestros oídos desde el momento que pongais el pié en Lisboa. Ved la imagen que asaltará á vuestra mente tan pronto como desembarqueis á orillas del Tajo, y podais contemplar á vuestro sabor aquella masa de construcciones magníficas y uniformes que constituyen la ciudad moderna, desde el puerto y sus diques, hasta los antiguos arrabales y el *Castillo de S. Jorge*. La gigantesca figura del gran Ministro de Josef I, se diseñará en vuestra imaginación y la abarcará toda entera, cuando visitando las suntuosas aceras de la *Rua Augusta*, y pasando bajo el *Arco da Bandeira*, tendais vuestros ojos complacidos por los cuatro frentes de la *Praza do Rocio*, y desde allí en último término descubrais, hacia el río, la colosal estatua del Monarca Lusitano, que fundó la nueva Corte de sus Estados, sobre las ruinas de un terremoto y las cenizas de un incendio.

Confesamos como buenos y francos españoles, que cuando al examinar los rasgos mas bellos que adornan las páginas del arte en la moderna Lisboa, escuchamos una misma respuesta á todas nuestras indagadoras preguntas, nos sentimos sobrecojidos de respeto y de pasmo, viendo glorificado con justa razón á un Portugués ilustre, que casi sacó de la nada, á imitación del Criador, una obra inmensa y correcta, con solo el eco de su voz prepotente, y la fuerza invencible del Génio. Los caminos, los puentes, los Templos, las calles, las Plazas, las obras públicas, como las particulares, el buen gusto y la solidez de las construcciones, todo data allí de una misma fecha, y todo reconoce por autor al Marqués de Pombál. A donde quiera se dirija el viandante, hallará impresa la huella del Ministro edificador; y guardando la debida proporcion que existe entre el incomparable Génio de la Rusia y el simple mandatario del Rey Portugués, no tendrá reparo en aplicar á este último aquellas palabras de un insigne viajero Francés, con relacion al primero.



quier extravío se distrae, y que á la penetración femenina no se oculta nunca el carácter de cariño ó afecto que trae un hombre cuando presenta su memorial,

«¡Oh poder inmenso de un gran Genio!» (Dice el Señor Vizconde d' Arlincourt en su *Estrella Polar*.) «Yo he atravesado una gran porción del Imperio de los Czares; y por todas partes por donde se presentaba á mis ojos algún bello y vasto establecimiento, al preguntar quién era el fundador, me respondían:—*Pedro el Grande*. Veía un monumento de público utilidad, del cual quería saber el origen.—*Pedro el Grande*! me respondían.... Y ¿quién plantó estos árboles centenarios?—*Pedro el Grande*... Y estas ciudades, estos canales, esta agricultura, estos puentes, estas calzadas, ¿quién los hizo salir del caos?—*Pedro el Grande*!—»

Después de reposar nuestro espíritu en la veneranda memoria de aquel ser benéfico que consagró sus cuidados al engrandecimiento del Portugal, su patria, fuéronse nuestras ideas dirigiendo impelidas como las aguas de un cauce, hacia otros diversos pensamientos, que nacieron y brotaron muy cerca de aquellos. No sabremos decir, si al fijar el común de los viajeros su atención en estos grandes hombres que aparecen y se eclipsan, cual meteoros luminosos, en mitad de los siglos, y en naciones distintas, apartadas las unas de las otras por la distancia, el clima, las instituciones, las religiones y las costumbres, observarán, como nosotros observamos, que la civilización, las artes, las ciencias, reflejadas en el aspecto material y moral de los pueblos, en la grandeza y buen gusto de sus edificios; en los gozes sublimes del entendimiento cultivado en Academias, Universidades y escuelas; en este círculo de necesidades que creciendo gradualmente, son satisfechas con otros tantos medios de dulcificar la vida que atravesamos; en una palabra; que el influjo de toda una época, y las tendencias generales de la sociedad en cualquiera país, en cualquiera provincia, son debidas siempre á una *individualidad* brillante, colosal, potente y creadora, mas bien que á clases distintas, que á jerarquías numerosas; que á *universalidades* inertes, incapaces siempre de edificar y de embellecer, tanto como son capaces de arrasar y destruir.

Y, cuenta, que al asentar esta idea, nos hallamos lejos de apelar, para probarla, á aquellos tiempos de la primera, ó á aquellos otros del *barbarismo feudal* de los antiguos gobiernos, en que la existencia de un solo Dios en los cielos; de un solo hombre en el Paraíso; de un Sol único en el firmamento; de un solo mar en la tierra; eran creencias universales, que amoldaban, digámoslo así, de una manera indelible la imagen de la *unidad* en el cerebro de todos, y formaban el tipo de los Imperios, de los señoríos y de las familias.

No! Aun en estos días, llamados por algunos de discusión y de publicidad, en que necesidades nuevas han extendido por do quiera el inmenso poder de la imprenta; y en que la intervencion de las masas en los negocios se disputa con tanto encarnizamiento, como otras veces se luchaba por el Reino, por el Ducado ó por la Baronia entre los partidarios del *único* poder; aun en estos días, hallabamos á *Pedro el Grande*, que hace saltar á la Rusia de la barbarie á la civilización; á *Federico II*, que forma á la Prusia y descuellan sobre todos los hombres que le rodearon; á *Washington*, que reúne las heterogéneas elementos de muchas naciones salvajes, para hacer de ellas una República ilustrada y compacta....—Y, viniendo mas cerca de nosotros; ¿qué fuera de esa Francia, qué de

sus rápidos progresos en las ciencias y en las artes; qué de sus glorias militares; qué de su administración, de sus monumentos verdaderamente romanos, y de sus modernas obras públicas, las primeras quizá del universo; qué fuera de todo esto, á pesar de la educación de aquel pueblo, de sus Publicistas y Tribunales, sin *Napoleon*, *Luis XVIII* y *Luis Felipe*; sin estas tres grandes *individualidades* que han impreso una marca perpétua, un sello eterno y profundo al Reino hermoso en donde mandaron, y donde el último de los tres, á pesar de la *Carta*, gobierna todavía?..

Mas, dejemos á los escritores filósofos que rechazan ó admitan la proposición anterior, de lo cual se nos dará por cierto un ardite; siquiera estén decididos á lo primero, mas bien que á lo segundo en nuestro obsequio; y bajando de allí al favorito y humilde terreno, objeto especial de aquestos artículos, anudaremos la rota hebra (pues hilo no ha de ser siempre) de aquel descriptivo relato, ya que la antecedente digresión, hija de la humana flaqueza, hubo de separarnos luego trecho de él, cuasi, cuasi á pesar nuestro.

Colóquese, pues, el viajero en la Terráza, ó Paseo de S. Pedro de Alcántara, que domina á la población, y la verá partida en siete colinas, como una granada; en lo cual, y en algunos grupos de edificios, situados en ciertas alturas, parécese un poco á la Capital morisca de aquel nombre, en nuestra hermosa Andalucía. Desde allí, como desde elevada atalaya, contemple la masa general de Lisboa, y después de tender la vista hacia el ancho y límpido Tajo, que se precipita en el mar á mano derecha, después de admirar la amplitud y belleza del puerto con sus edificios colosales, y todos los barrios nuevos que de allí arrancan, cortando en líneas rectas el área que les sirve de asiento, y señalando en sus extremos las Plazas de Comercio y de Rocío, ésta última bajo los pies del espectador; después de llevar sus ojos á las grandes construcciones de la Catedral, de S. Vicente de los Mártires, del Corazón de Jesus, de las ruinas del Carmen, de los Teatros de San Carlos y Nuevo que aun esta por concluir; después de girar á su frente é izquierda, posando su vista sobre los barrios viejos, que ocupan las eminencias, cortadas á trechos por huertas y jardines de un brillante verdor, que resalta mas todavía en el frondoso Paseo Público, y en las sucesivas Quintas que se destacan desde Santa Ana con dirección á Bemfica; después de estudiar todas estas grandes porciones de luz y de sombra que armonizan el cuadro general de Lisboa, díganos por su vida (suponiéndole curioso y entendido) si no es cierto que reúne la Corte Lusitana cuanto nosotros los habitantes del Mediodía solemos exigir para llamar completamente hermosa á cualquiera población. Allí hay poesía en la mezcla confusa de edificios y de épocas; allí hay encanto en la transparencia del aire, en la abundancia del agua y en lo umbroso del bosque; allí hay belleza en la uniformidad y corrección de las construcciones modernas; allí hay estudio en el *goticismo* de los monumentos históricos; allí hay espansion y reposo artístico en algunos otros que rivalizan con la grandeza Romana; y hay allí mas que todo, un ambiente, una atmósfera, una contraposición de tintas suaves y tibias al desleírse los extremos de las unas con los de las otras, que vienen á crear un todo de grande efecto, cual juzgamos difícil se halle en parte alguna.

Por eso un viajero, que pasa por imparcial é ilustrado, dice con harta verdad, que Lisboa es la mas brillante de las Capitales de Europa, aun bajo el aspecto de la elegancia. El mismo asegura, que treinta á cuarenta mil casas, sin contar los edificios públicos, ocupan su recinto en la estension de seis millas Inglesas desde *Belem* hasta *Nabregas*; y nosotros añadiremos; que muchos de estos y cuarteles enteros de aquellas, fueron levantados bajo un solo plano, de resultas del terremoto de 1755 que arruinó la ciudad, consumiéndose despues el incendio lo que respetó el fracaso anterior. El talento y la enerjia del Marqués de Pombál supieron sacar de aquesta grande catástrofe una inmensa ventaja; y lo que para otros pueblos es aun en nuestros dias un motivo de desolacion, fue para aquella Corte el origen de su belleza incomparable. Admira ciertamente cómo en una época oscura para las artes en aquel Reino, y llena de estravios y de errores, se alzó en brevisimo tiempo aquella série de calles amplisimas, perfectamente alineadas, cubiertas á derecha é izquierda de altos edificios absolutamente uniformes, con sus claros, ventanas y balcones, distribuidos por las fachadas con oportunidad y buen gusto. Las esquinas se hallan muy bien cortadas; los declives y desnivelaciones del terreno suavizados con inteligencia; las acéras de entrambos lados, cubiertas de baldosas hasta una anchura considerable, levántanse del piso de la calle para impedir la entrada de los carruajes. Los ángulos de los edificios y de las dichas acéras en los crueros, están defendidos por guardacantones, que antes se estendian por todas ellas para mayor seguridad del público; si bien ahora la Cámara Municipal los va suprimiendo en obsequio á la comodidad y á la belleza.

El estilo de las construcciones privadas, y aun el de las públicas, es sencillo en extremo, severo y muy semejante al exterior de las casas inglesas. Como la firmeza del Ministro no consentia mucho ensanche al capricho individual, hubieron de sujetarse todos á una igualdad perfecta; y si luego los diferentes reinados, la flojedad del Gobierno y el transcurso del tiempo debilitaron los preceptos antiguos, dando mayor lonjitud y latitud á sus balcones algunos vecinos, dejando abrir otros sus puertas hácia afuera; y prefiriendo los mas su propio provecho al aspecto uniforme de las fachadas y calles; tambien la Cámara Municipal por medio de un saludable rigor, que nosotros siempre aplaudiremos, digan otros lo que quieran, ha logrado recientemente que vuelvan las cosas al ser y estado de correccion que antes tenian. Y, séanos permitido apuntar de paso en este lugar, cuan diferente se muestra tal conducta de la que vemos observada en Madrid, donde las representaciones y clamores de cuerpos respetables por mil conceptos, no consiguieron impedir el grave abuso que de su propiedad hacia en perjuicio del público un simple particular, en uno de los sitios mas notables de la Corte de España.

La *Rua Augusta* es sin duda alguna la mejor calle de Lisboa; la grande arteria que atravesando por casi el centro de los barrios nuevos, apoya sus extremos en las dos primeras Plazas de la Corte, comunicando por estos dos puntos, y por las *Traversas*, que la cortan á trechos, la animacion y la vida á los diferentes cuarteles en que habita la poblacion de todas las clases en la llanura y en las vertientes de los siete cerros. Es por tanto esta calle la mas ancha y mag-

nífica, no pudiendo menos de sorprenderse el extranjero, como arriba apuntamos, si la recorre desde luego al desembarcar en el Tajo, comenzando su inspeccion material de la Ciudad por la *Praça do Comercio* y por el grande arco, (que hoy está para acabarse) en la entrada de aquella *Rua*, frente por frente del Puerto.

Un estenso y regular cuadrilátero forma el área de la susodicha *Praça do Comercio*, cerrada en sus tres frentes por elegantes y uniformes edificios cimentados sobre una arcada general ó galeria inferior de gracioso aspecto, que se completa por no hallarse cubierto el cuarto frente, sino limitado por el rio y por el diqué sencillo de piedra blanca, en cuyos dos costados, como remate de entrambas líneas colaterales, salen hácia el Tajo dos obras avanzadas, un poco mas altas tambien que lo restante de la Plaza. En su centro y paralela al medio de la *Rua Augusta* y al arco de su ingreso, está basada sobre un pedestal de bella apariencia, la estatua ecuestre del Rey D. Josef I, vaciada en bronce por el escultor Portugués *Costio*, bajo proporciones muy colosales. Asi que, puede un hombre de elevada estatura pasar por bajo del caballo sin tocar con la cabeza en el vientre. A decir verdad, tanto el ginete como el bruto son pesados en sus formas, y frias las actitudes de ambas piezas; de suerte que dista mucho la obra toda de parecerse en lo mas mínimo á la imponderable creacion de *Pedro Tacca*, en su estatua de Felipe IV, que hoy se halla en la Plaza de Oriente de Madrid. Mejor es el pedestal que la efigie del Monarca Portugués; y no carecen de movimiento y valentia los hombres y animales que tallados en piedra blanca y agrupados á sus pies á derecha é izquierda, simbolizan las victorias del pais sobre diversas partes del mundo. En lo inferior de la cara que dá al muelle, está de alto relieve un medallon de bronce con el busto del Marqués de Pombál; y con estrañeza supimos al examinar la estatua, que el tal medallon fue arrancado de su sitio por los enemigos del inmortal Ministro despues de su caida; y aun parece que la vispera de la coronacion de Doña Maria I, ocupando despues aquel vacio las armas de la Ciudad, (que son una nave con velas desplegadas,) hasta 1833, año de justa reparacion para el Fundador de Lisboa, prescrito por sus contemporáneos, y restituido á aquel lugar, merced á un honroso recuerdo del Ex-emperador Don Pedro.

Cerca de la estatua se encuentra de guardia un centinela; y el cuidado que de esto se tiene, asi como la delicadeza con que se permite al extranjero leer la pomposa y difusa inscripcion del monumento grabada en gruesos caracteres, son muy de alabar por cierto, y pudieran servir de modelo en otros paises, que se tienen por mas ilustrados, y no lo muestran tanto en estos pequeños accidentes.

Los edificios de que arriba hicimos mencion, contienen las Oficinas de las Secretarias del despacho, que reunidas en un solo punto, ofrecen á los pretendientes y hombres de negocios el menor número posible de pasos é incomodidades: suceso de no poca cuenta en una Ciudad tan derramada y estensa como lo es Lisboa; si bien, á decir lo que sentimos, habríamos querido en tiempo de Pombál que la ocasion se aprovechase, colocando los Ministerios en el centro de la Corte, y no en el puerto, lográndose en tal caso la ventaja por completo.

Paralelas á la *Rua Augusta*, se trazaron las otras calles principales, entre las que merecen digno recuerdo por su hermosura y dimensiones las llamadas *D' Ouro, do Prata*; (esta última hoy *Rua bella da Rainha*; las dos *Fanqueros, Nova do Carmo, do Chiado, do Arsenál de Marinha, da Magdalena* y otras muchas mas; así como un crecido número de *Traversas (Travesias)*, cortadas elegantemente del mismo modo que aquellas, y con igual proporcion en sus vastos edificios.

Todas estas calles, como lo indican la mayor parte de sus nombres, se hicieron con la idea de establecer en ellas á las clases diferentes de la Ciudad, y en especial á los Comercios, Industrias y Oficios; quienes aun conservan muchas de sus Tiendas aglomeradas todavia en sus respectivas demarcaciones, segun notamos con los plateros, artifices de ambos preciosos metales, y tambien con otras manufacturas diversas; y en verdad que este, cual los anteriores, fué un grande pensamiento de Pombál, atento siempre á la satisfaccion cumplida de las necesidades, y á la comodidad de los vecinos de la Corte, que habrán de hallar lo que buscan en un trecho ó espacio determinado; sin correr de extremo á extremo, cuál sucede en varias de nuestras populosas Ciudades, con pérdida de un tiempo precioso, y quizá sin fruto las mas veces.

La *Praça do Rocio*, hoy apellidada de *D. Pedro*, que es la mejor y mas capaz de Lisboa, carece de las arcadas que rodean á la *del Comercio*; pero en cambio se levanta ahora á su frente principal, sobre el solar de la antigua Inquisicion, el *Theatro Nacional* con su pórtico y fachada, de que hablaremos con brevedad mas adelante.

Cerca de ella está la *Praça da Figueira*, destinada para mercado público; y allí puede el gastrónomo admirar las esquisitas frutas del pais, los sabrosos pescados del Tajo y del mar vecino; y en general, buenas carnes, quesos y hortalizas.

Dejando atrás estas dos plazas y andando como una mitad de la *Rua nova do Carmo*, hay sobre la derecha otra calle que llaman *do Chiado*, la cual pasa con razon por el sitio mas elegante de Lisboa; por el altar privilegiado en que se sacrifica con preferencia á la Moda, á esa deidad inconstante del siglo XIX, que nos tiraniza á todos sin diferencia de gerarquias ni condiciones. Allí están las mejores tiendas de géneros (*Lojas de Facendas*); las mejores sombrererías; (*Fabricas de Chapeos*); la botillería mas linda (*Loja de neve*); con su *Sancta Sanctorum* para el bello sexo. Allí se encuentran los mas acreditados guantes, (*tuvas de Porto*), que son por cierto carísimos, y nada tienen de particular en su materia ni en su forma: allí viven algunos de los primeros sastres; (*Alfayates*); gente descomunal y mal nacida, que en Lisboa y en toda Europa come de lo que corta al prójimo, como los cirujanos y los carniceros. Allí por último se vácia con predileccion el bolsillo del enamorado *lion que se respeta*, y de la *Silfida vaporosa y rielante*, que tiene la dicha de poseer un plétórico Papá; una Mamá robusta y complaciente, ó un *amigo ténero* pronto siempre á soltar sus *Moedas* y sus *Pintos* (1) en obsequio de la amazon de huesos y de trapo á quien frenético adora, pasando las noches de claro en claro y los dias de turbio en turbio, absorbi-

do en sus propios pensamientos, llena de disparates la móltera; leyendo á *Eugenio Sue*, á *Jorge Sand*, *Balzac* y demás comparsa de *genios á granel*; poseído de la *suicidio-mania*, atacado de *Jesuitifobia*; soñando en desafíos, roído de pesáres tan hondos como un pozo, y vacía de sesos la cabeza.

La *Rua do Chiado*, aquel repertorio del capricho y del gusto de los apuestos Portugueses, es ciertamente por su anchura y por la situacion elevada que ocupa, uno de los parages mas alegres de Lisboa; y vése á menudo frecuentado por una escojida sociedad, que llena las baldosas de ambas acéras, y se estiende hasta el *Largo das duas Igrejas*, cruzado frecuentemente por los muchos carruages de formas diversas, ya grandes, ya pequeños, en que la Corte abunda. Y, porque el lector poco versado en las costumbres de nuestros vecinos, no lo ignore, habremos de expresar aqui, que llaman *Largo*, (es decir, *ancho*) con bastante propiedad á todo aquel espacio de una calle, que teniendo mayor latitud que el resto de ella, por la diversa colocacion de los edificios laterales, no es propiamente una Plazuela, ni menos una Plaza; si bien nosotros los Españoles no vacilaríamos en aplicarle el primero de ambos nombres. Entre estos *Largos* cuéntanse algunos bastante espaciosos; como los de *S. Pablo*, de *S. Antonio da Sé*, de *Corpo santo*, de *Magdalena*, y el *Largo do Pelourinho*, que está al fin de la hermosa calle del *Arsenal*, y merece mas que todos la atencion, por ser un sitio de recuerdos históricos, en cuyo centro se conserva un hermoso obelisco ó columna de forma rara, que remata en la *esfera* emblemática de Portugal, y dicen algunos viajeros haber servido hasta la época de D. Miguel, para horca de los Grandes del Reino.

Un poco mas abajo de esta Plaza y en la direccion del rio, se encuentra el «*Caes de Sodre*;» que es una especie de muelle muy bonito, con sólidos diques al Tajo, plantando de líneas de árboles y cubierto de Tiendas, Fondas y casas particulares; conservando en su fisonomia, lo mismo que toda esta parte baja de Lisboa, aquel aspecto risueño y grato, que tanto encanta al forastero.

Este, si lleva intencion de permanecer algun tiempo en la Corte, y si tiene suficiente criterio, cual es de suponer, para visitar despacio sus monumentos mas notables, y apreciar el valor relativo de cada uno en prólio y detenido exámen, podrá en un principio contentarse con los puntos que llevamos descritos ligeramente; y le aconsejamos que á ellos agregue, cuando mas, un paseo por la orilla del Tajo, contemplando de prisa la línea de Palacios y soberbias casas, que se han alzado sucesivamente en el camino que media entre las *Necesidades* y *Belém*, hasta la *Torre* y *Monasterio* del mismo nombre. Tampoco será inoportuno al objeto de valuar el conjunto de la Capital y toda la belleza de sus contornos, que llegue por el lado opuesto á *Bemfica*, y costeano los barrios antiguos que comunican con *S. Vicente de Fora*, descienda por el Parque de Artillería y Fundicion de cañones, atravesando la ribera, con sus edificios pintados de mil colores; con sus tiendas de géneros y de comestibles para la gente de mar, y con su aire pedestre y cuasi incivil, que cambia del todo punto al acercarse á la *Alfandega* y al gótico frontispicio de la *Conceição Velha*.

Así, habrá el viajero explorado á vista de pájaro y de un solo golpe la masa heterogénea de la Ciudad

(1) Monedas Portuguesas de plata y oro.

desde la *Terraza de S. Pedro de Alcántara*; y después parando la consideración por cortos momentos en las calles y plazas principales, ciniendo por fin sus muros á derecha é izquierda, y notando que el interior de la población escasea en árbolado y en torres altas sus muchas Iglesias, habrá completado su inspección material de Lisboa, que es el objeto del presente artículo.

En los siguientes borrajearémos algunos detalles que hacer puedan á nuestro propósito; siempre protestando relatar solo aquello que mejor nos cuadre, sin que se nos pida cuenta de lo demás, por importante que á otro parezca.

Granada, 15 de Setiembre de 1845.

JUAN ANTONIO DE LA CORTE.



CRONICA DE MADRID.

Indecision. — Modas. — Teatros. — El Hombre de Mundo. — Norma. — Nuevo Moisés. — Variedades. — Buena-Vista. — El Prado. — Una bella casa de la Calle de Alcalá. — Publicaciones. — Las Férias de Madrid. — El Sr. Neira de Mosquera.

No sabemos, verdaderamente, al empezar este artículo, qué vamos á hacer, ni qué jiro le hemos de dar para ser consecuentes con nuestros lectores. Es verdad que tenemos mucho ofrecido, y que—al parecer—la carga que nos hemos echado sobre los hombros es voluntaria; pero como en esta época de contradicciones y palabrería, los escritos literarios se parecen mucho á la célebre casa Astrearena, y como no siempre está uno—como dijo el otro—de chispa, ni contamos con la inspiración de los novelistas franceses; de ahí es que siguiendo los escarceos de nuestro dómine y la coquetaría de los señores decretos de correos, vamos por hoy á trazar nuestras breves líneas, sin pensar en mas que en el preciso tiempo para estenderlas sobre el papel.

Ante todo, nada sabemos de modas, y de consiguiente nada podemos decir en este asunto á nuestras bellas—siempre es bueno hacer favor—lectoras. Y esta ignorancia no es hija de la inercia, ni, en su consecuencia, imputable: es debida solo á que, no estando aun fija la estación de invierno, hay un poquito de gustos por esos mundos civilizados, que dá gozo verlo. En esta época del año vemos un magnífico traje de seda, alternando con un chal, parodia decente de un colchón: en las altas horas de la noche encontramos una *Leona* vestida de riguroso invierno, y arropada su vaporosa cabeza con las sultánicas nubes del pasado invierno; y en fin, tan pronto observamos agitarse el andaluz abanico, como cerrar herméticamente las *menudas* bocas los delicados pañuelos de seda ó fino olan. En los hombres tenemos la misma caprichosa variación ó eccentricidad: gabanes de invierno con pantalones de hilo, sombreros blancos con chalecos y corbatas de invierno, nubes con jaiques, y guantes blancos, y finísimas camisas con inmensas capas dobles. Esta anarquía en las impresiones, esta estravagancia en las ideas, este mosaico ridículo, se opone á la fijeza de la moda, que aun cuando sea bien transitoria, al fin logra clavar unos instantes el estandarte de su capricho entre los que tienen el corazón en la cabeza, y sobre todo.... dinero en sus bolsillos.

De los teatros tampoco tenemos—gracias á Dios—mucho que decir. El *Príncipe* ha ofrecido la novedad del *Hombre de mundo*, y como no lo sería para nuestros lectores ver por vigésima vez una crítica de esta comedia, nos contentaremos con decir, que nos ha parecido una excelente producción en sus formas, y en su conducción; que la moral de toda obra dramática, en esta—para nosotros—guarda el incógnito, porque, aun cuando está perfectamente retratada nuestra alta sociedad, está tan perfectamente, que enseña á los que ignoran

lo que no deben saber, y á los que saben les hace reír, y no les ofrece el escarmiento de las *calaveradas de buen tono*: hay tambien ciertas espresiones reprochables, indecorosas, y ciertas situaciones tan violentas como divinas, y de efecto, representando la obra los actores que lo hacen. Por lo demás creemos que el Sr. Vega es un buen poeta dramático, y que puede hacer obras originales sin reminiscencia de ningún género. La versificación de su *Hombre de mundo* es siempre natural y propia de las escenas; y el desenlace, en fin, si bien se prevee, corresponde á la trama de la obra. Los actores están siempre inimitables.

La *Cruz*, á la hora en que escribimos estas líneas, ensaya la *Norma*, y en verdad tememos mucho por el ilustre compositor. De las anteriores óperas solo diremos que han salido perfectamente. Para este teatro viene de un momento á otro Moriani, y se asegura, que saldrá la primera vez con *Los Puritanos*, acompañado de la tiple Rosetti, y los bajos Ferri é Inchindi.

En el *Circo* no ha salido bien el *Nuevo Moisés*, porque no podía nunca salir bien. Este coliseo se animará con las escrituras hechas de Ronconi, la Grissi y Rubini; de este último nada se dice de positivo, aunque hay quien asegura que para abril próximo estarán todos en Madrid. Nos alegraremos mucho.

Los teatros de segundo orden ofrecen poco de particular. *Variedades* está enredado con sus beneficios, y tiene muy buenas entradas.

Buena-Vista se disuelve: unos van contratados con el Sr. Lombía en la nueva compañía del *Instituto*, y otros á Guadalupe de estos últimos es el siempre recomendable gracioso Sr. Baus.

El *Prado* está estos días mas concurrido de lo que quisiéramos. Las elegantes lucen sus caprichos, sin temor á la importuna lluvia, y nosotros desde una modesta silla hacemos acopio de anécdotas.... para otra *Crónica*. Entre las jóvenes que mas han llamado nuestra atención, figuran, en prólogo, las señoritas M. C. R., y una linda *leona*, cuyo nombre ignoramos aun, pero que.... ¡Dichosos los que viven en la calle de Alcalá, y sobre todo, junto al café de Levante!

De movimiento periodístico poco ó nada podemos decir, (frase que hemos gastado en este artículo). Solamente es recomendable, de lo que ha llegado á nuestras manos, *Las mil y una noches* que dirigen los señores Neira y Corona; el *Cinife*, periódico travieso, y sobre todo muy barato; el *Album musical* de la Iberia, redactado por nuestro estimable amigo el Sr. Espin; y ¡buen salto! el *Quitapesares*, que dirige en la Habana nuestro inolvidable amigo Guerrero.

Ya íbamos á dejar la pluma, cuando hemos recibido las *Férias de Madrid*, almoneda moral, política y literaria, su autor D. Antonio Neira de Mosquera, y vamos á decir algo sobre ella. El pensamiento, aunque no original en su forma, es nuevo en su fondo; hay corrección en el language, buen criterio en los juicios, igualdad en la impresión (no tanto como en la satinación del papel). Al lado de grandes cuadros metafísicos y semi-incomprensibles, hay ese estilo cortado, lindísimo, coqueton, que agrada, pero que por lo menos no dice mucho. El señor Neira nos ha probado que es buen hablador, que sabe bastante, que tiene imaginación, y por esto mismo, y por ser de nuestros amigos *in core*, sentimos que no se hubiese dejado en el tintero algunos—*Madog*—y que al dirigirse á nuestra humilde persona, no lo hubiese hecho con mas fé, poniendo nuestro nombre, porque así sus inocentes chispas nos habrían entretenido mas, ofreciéndonos la ocasión de desmentir al bastonero, que creemos nos ha engañado en estas ferias. Repetimos que el Sr. Neira es un joven de provecho, si bien, á veces, se deja arrastrar por pasioncillas que poco á poco, vemos con gusto, va dominando con evangélica resignación. Su libro es, pues, muy recomendable, y mas la modestia del prólogo, en una época en que todo el mundo se elogia y juzga un Séneca. Créanos nuestro amigo, no encontramos nada de contacto entre el director del *Recreo*, el autor de cierto prospecto religioso, y el compilador de las *Férias de Madrid*.

RAMON DE VALLADARES Y SAAYEDRA.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.